

PROGRAMA No. 0387

1 SAMUEL

Introducción - Cap. 1:28

Continuando nuestro recorrido a través de la Biblia, volvemos hoy al Antiguo Testamento para comenzar nuestro estudio del primer libro del profeta Samuel.

Los dos Libros de Samuel se clasifican como uno solo en el canon judío y deben ser considerados como tal. En la Biblia Vulgata Latina, aparecen como los dos primeros de los cuatro libros de los Reyes. Nuestro título identifica el nombre de Samuel con estos primeros dos libros históricos. Esto no es porque él sea el escritor, aunque nosotros creemos que Samuel es el escritor de una buena porción de este libro. Es más bien porque su extraordinaria biografía es presentada al comienzo, y él figura prominentemente como la persona que Dios usó para ungir a los dos primeros reyes de Israel, es a saber, Saúl y David. Samuel, entonces, es considerado el escritor de 1 Samuel hasta el capítulo 25 el cual registra su muerte. Aparentemente, Natán y Gad terminaron la escritura de estos libros. Nos enteramos de esto por lo que dice el capítulo 10, versículo 25 de este Primer libro de Samuel, donde leemos: *“Samuel recitó luego al pueblo las leyes del reino, y las escribió en un libro, el cual guardó delante de Jehová. Y envió Samuel a todo el pueblo cada uno a su casa.”* Y también el Primer libro de Crónicas, capítulo 29, versículo 29, dice: *“Y los hechos del rey David, primeros y postreros, están escritos en el libro de las crónicas de Samuel vidente, en las crónicas del profeta Natán, y en las crónicas de Gad vidente . . .”*

Los Libros de Samuel contienen muchos aspectos familiares. Leemos del surgimiento del reino de Israel. Tenemos también la historia de Ana y su hijito Samuel. Se nos narra igualmente en estos libros la historia de David y Goliat, y la inusitada y conmovedora amistad de David y Jonatán. Vemos asimismo el relato de la visita del rey Saúl a la adivina de Endor; y el capítulo 7 de 2 Samuel – uno de los grandes capítulos de la Palabra de Dios – nos da el pacto de Dios con David. Por último encontramos la historia del gran pecado de David con Betsabé, y la rebelión de su hijo Absalón.

En el libro de los Jueces vimos cómo Dios usó a gente insignificante, muchos de los cuales tenían serias fallas o defectos. Sus historias constituyen un gran aliento para los que hoy somos gente insignificante. Sin embargo, en el Primero y el Segundo libro de Samuel vamos a conocer a algunos personajes verdaderamente sobresalientes, como: Ana, Elí, Samuel, Saúl, Jonatán, y David. Vamos a familiarizarnos con cada uno de ellos al avanzar en nuestro estudio de estos libros.

Hay tres tópicos que pueden considerarse como temas de los Libros Primero y Segundo de Samuel. La oración es el primero. El Primer libro de Samuel abre con una oración, y el Segundo libro de Samuel concluye con una oración. Y hay una gran cantidad de oración entre los dos.

Un segundo tema es el surgimiento del reino. Tenemos en estos libros el registro del cambio de gobierno de Israel de una teocracia a un reino. De gran significación también es el pacto de Dios con David, que se nos da en el Segundo libro de Samuel, capítulo 7.

El tercer tema es el comienzo del oficio de profeta. El profeta es el personaje que se destaca en estos dos libros. Cuando Israel era una teocracia, Dios obraba por medio del

sacerdocio. Sin embargo, cuando los sacerdotes fracasaron y un rey fue ungido, Dios hizo a un lado a los sacerdotes y levantó a los profetas como Sus mensajeros. Notaremos que para la nación de Israel esto resultó en deterioro antes que en mejoramiento.

El surgimiento del reino es de particular importancia. Los dos libros de Samuel presentan el origen de este reino el cual continúa como un asunto muy importante tanto a través del Antiguo como del Nuevo Testamento. El primer mensaje del Nuevo Testamento fue el mensaje de Juan el Bautista, quien dijo allá en Mateo 3:2: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Es posible que el reino del cual hablaba Juan, y el reino en el cual usted piensa no sean lo mismo; pero es el reino del Antiguo Testamento, ese reino que comienza aquí en los Libros de Samuel. Notamos que este reino tiene una base muy histórica, un origen terrenal, y con fronteras geográficas. Este reino tiene un rey, y sus súbditos son gente de verdad.

La forma de gobierno escogida por Dios es un reinado regido por un rey. Con todo, el cambiar la forma de nuestro gobierno hoy no solucionaría nuestros problemas. No es la *forma* la que es mala – es la *gente* asociada con el gobierno. Cualquier forma de gobierno es satisfactoria si las personas que gobiernan son buenas. Pero un reino es el ideal de Dios, y Él tiene el propósito de poner a Su Rey en el trono de esta tierra algún día. Cuando ese rey reine, habrá bendición en toda la tierra. No creemos en esa noción de que nosotros somos los que estamos edificando un reino como si los hombres son los que lo van a edificar. Cuando Jesucristo, el Príncipe de Paz, gobierne este mundo, será muy diferente al trabajo que los hombres están haciendo hoy en día. No habrá necesidad de un programa de ayuda para los pobres porque no habrá pobreza. El Príncipe de Paz, el Rey de Reyes, y el Señor de Señores no instituirá ningún programa ecológico ni de reforma moral. Cuando El reine, la justicia y la paz cubrirán esta tierra como las aguas cubren el mar.

El Primer Libro de Samuel es un libro transitorio que describe el cambio de la época de los Jueces a la del Reino. En estos dos libros de Samuel se anuncia de varias maneras el reino milenarismo venidero de Cristo; y en el establecimiento del reino de Israel observamos tres cosas que nuestro mundo necesita: En primer lugar, nuestro mundo necesita un rey con poder que ejerza ese poder en justicia; en segundo lugar, nuestro mundo necesita un rey que gobierne en completa dependencia de Dios, y en tercer lugar, nuestro mundo necesita un rey que gobierne en completa obediencia a Dios. El Señor Jesucristo, el Rey de reyes que viene, es exactamente Aquel a quien el mundo tan desesperadamente necesita hoy.

Al entrar ahora en nuestro estudio del Primer Libro de Samuel, es importante recordar los siguientes puntos: En los primeros ocho capítulos tenemos a Samuel, el profeta de Dios. En los capítulos 9 hasta el 15 tenemos a Saúl, el hombre de Satanás. Por último, en los capítulos 16 al 31 tenemos un contraste entre David, el hombre de Dios y Saúl, quien como ya dijimos representa al hombre de Satanás.

Y estamos, ahora sí, listos para entrar en el primer capítulo de este Primer Libro de Samuel. En este primer capítulo tenemos a Elcana y sus dos mujeres. Tenemos también la oración de Ana, el nacimiento de Samuel y su presentación al Señor.

Este Primer Libro de Samuel principia con el llanto de una mujer piadosa. Mientras el pueblo pide un rey, Ana pide un niño. Dios edifica el trono sobre el llanto de una mujer. Cuando la mujer toma su puesto exaltado, Dios le edifica un trono.

El sumo sacerdote Elí, cree que Ana está ebria al observarla mientras ella ora a Jehová delante del tabernáculo en Silo. Cuando él descubre su verdadera ansiedad por tener un

niño, la bendice. Más tarde, Ana da a luz a su hijo, Samuel, y se lo trae a Elí para cumplir su voto.

Comencemos, pues, leyendo los primeros dos versículos de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel.

1 Samuel 1:1-2 “... Y Penina tenía hijos, mas Ana no los tenía.”

Se nos dice aquí que Elcana tenía dos mujeres. En seguida yo sé que habrá quienes dirán que en aquellos días Dios aprobaba que un hombre tuviera más de una mujer. Sin embargo, si usted lee con cuidado el relato, notará que Dios no aprobaba el hecho de que Elcana tuviera dos mujeres. El simple hecho de que ciertas cosas se registren en las Escrituras no significa que Dios las sancione; es decir, que Dios las apruebe. Hay muchas cosas incluidas en la Biblia sólo para proporcionarnos ciertos datos o hechos en cuanto a la historia, las personas y los eventos. Las mentiras de Satanás, por ejemplo, también están incluidas en las Escrituras, pero eso no quiere decir que Dios las apruebe. El pecado de Adán y el de Abraham también son registrados. Dios mostró Su desaprobación cuando Abraham tomó la sierva Agar como su segunda mujer. Los frutos de su pecado todavía existen. Ismael, hijo de Abraham con Agar, llegó a ser caudillo de la nación árabe, y los judíos y los árabes todavía están en desacuerdo hoy en día. Debido a que Elcana tenía dos esposas, había dificultad en la familia, como lo veremos más adelante. Esto es evidencia de que Dios no les estaba bendiciendo en este tiempo en particular. Veamos ahora el versículo 3.

1 Samuel 1:3 “... Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová.”

No sabemos qué piense usted, amigo oyente, pero al leer este versículo surge una pregunta en nuestra mente que es algo inquietante. Esa pregunta es: ¿Por qué creía Samuel necesario decirnos que los dos hijos de Elí estaban en el tabernáculo? Bueno, más tarde nos daremos cuenta de la razón por la cual nos dice esto. Ahora el subir al tabernáculo para adorar a Dios no era todo lo que uno esperaría que fuera. En realidad, era un lugar peligroso para ellos porque estos hijos de Elí eran “hijos de Belial,” o sea, hijos del diablo.

A veces al peor lugar donde uno pueda estar es la iglesia misma; y a veces es el lugar más peligroso para uno. Hay muchos que dicen, en cuanto al aposento alto, “¡Cuán maravilloso habría sido estar allí con Jesús!” Pero, ¿es eso verdad? ¿Sabe usted quién estuvo en el aposento alto? ¡Satanás estuvo allí! No fue invitado, pero allí estuvo; y allí fue donde él entró en Judas. El aposento alto era el lugar más peligroso donde uno pudiera encontrarse en esa noche en toda Jerusalén. Así pues, ir a adorar a Dios tenía sus dificultades en aquel entonces también, y la maldad estaba presente allí en el tabernáculo, en las personas de los hijos de Elí. Es interesante que esto se menciona aquí al comienzo del Primer Libro de Samuel. Leamos ahora los versículos 4 y 5 de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel.

1 Samuel 1:4-5 “... aunque Jehová no le había concedido tener hijos.”

Elcana daba más a Ana que lo que le daba a su otra esposa y a todos sus hijos. ¿Por qué? Porque amaba a Ana. Ahora, el Señor no le había concedido tener hijos; y dice aquí el versículo 6:

1 Samuel 1:6 “... porque Jehová no le había concedido tener hijos.”

¿Quién era el adversario de Ana que se menciona aquí? Era Penina, la otra esposa de Elcana. No se hablaban ni tenían un hogar muy feliz. ¿Quién le ha dicho a usted, amigo oyente, que Dios aprueba que un hombre tenga dos mujeres? Creemos que Dios no lo aprueba de ninguna manera. Había dificultades en la familia y no tenían ningún consejero a quien acudir para ayuda. Ana era probablemente una de las personas más miserables en el mundo en ese tiempo, pero aquí vemos que ella acude a Dios en oración. Continuemos leyendo los versículos 7 al 11 de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel.

1 Samuel 1:7-11 “... y no pasará navaja sobre su cabeza.”

La expresión “... ella con amargura de alma...” en el versículo 10, describe el profundo dolor que ella sentía porque no tenía un hijo. De modo que pidió un hijo y prometió a Dios dos cosas si le era concedida su petición: 1) que su hijo sería sacerdote en el servicio levítico todos los días de su vida, y 2) que ella le haría nazareo, o sea un hombre separado para el servicio de Dios.

Ahora observe usted lo que ocurre aquí en los versículos 12 y 13:

1 Samuel 1:12-13 “... y Elí la tuvo por ebria.”

Elí era el sumo sacerdote y le llama la atención esta mujer que llega al tabernáculo y se pone a orar. Observa su boca y ve que mueve los labios, pero no oye ninguna palabra. Tampoco puede leer el movimiento de los labios para saber qué es lo que está diciendo. Ahora fíjese usted en su reacción, la cual nos da una idea en cuanto a las condiciones de aquel entonces. Los hijos de Elí bebían y se embriagaban, y Elí lo sabía, pero nunca tomó medida alguna. Es que era un padre indulgente. Cuando Ana oró con tal fervor de

corazón, Elí creía que estaba ebria. ¿Sabe usted por qué? Porque otros habían llegado ebrios a la casa del Señor. Este lugar de adoración en realidad no era el mejor lugar al cual ir en aquel entonces. Y dicen los versículos 14 y 15:

1 Samuel 1:14-15 “... sino que he derramado mi alma delante de Jehová.”

Hoy en día ya no escuchamos oraciones como esta oración de Ana, ¿verdad? Permítanos una pregunta, amigo oyente: ¿Creerían otros que usted está ebrio por su manera de orar? Ahora Ana, no queriendo que Elí recibiera una mala impresión, continúa diciéndole aquí en los versículos 16 al 18:

1 Samuel 1:16-18 “... y no estuvo más triste.”

Ana le explica a Elí que ella no es una mala mujer, y Elí se da cuenta de su equivocación. Ana, entonces, se siente grandemente aliviada después de elevar su oración y de hablar con Elí, y regresa al lugar donde se aloja para terminar su comida, la cual al parecer había interrumpido para poder ir hasta el tabernáculo a pedir a Dios un hijo. Leamos ahora el versículo 20 de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel.

1 Samuel 1:20 “... Por cuanto lo pedí a Jehová.”

Como decíamos hace un momento, este primer libro de Samuel principia con el llanto de una mujer piadosa. Mientras el pueblo pide un rey, Ana pide un niño. Dios edifica el trono sobre el llanto de una mujer. Cuando una mujer toma su puesto exaltado, Dios le edifica un trono.

¡Cómo contrasta esto con nuestra sociedad contemporánea, amigo oyente! En cierta ocasión, mi esposa y yo regresábamos a casa después de un servicio en nuestra iglesia. Al avanzar por una de las calles de la ciudad, vimos una cartelera grande, de las que se usan para hacer publicidad a diversos productos. En esa cartelera había la fotografía de un bebé hermoso y sonriente. Lo que nos llamó la atención y hasta nos sacudió fue la leyenda que había debajo de la fotografía del bebé. La leyenda decía: “Mátelo ahora y es asesinato. Mátelo antes de nacer y es aborto.” No pensamos abordar este tema del aborto aquí, porque en realidad no es mi prerrogativa abordarlo, pero qué contraste hay entre Ana, quien quería tener un niño y tantas mujeres hoy en día que no quieren tener a sus hijos, y optan por deshacerse de ellos por medio del método diabólico del aborto. Entendemos que puede haber alguna excepción, pero esa excepción debe ser determinada por una consulta experta y científica. El caso en nuestros días es que la gente quiere pecar, pero no está dispuesta a pagar las consecuencias de su pecado. Mi posición es que cuando la gente peca, debe llevar el fruto de su pecado. Si un niño es concebido, ese niño debe nacer y debe ser la responsabilidad de quienes lo trajeron al mundo. La gente está tratando a toda costa de escaparse del fruto de su pecado. Necesitamos entender el principio bíblico expresado en Gálatas 6:7, donde el Apóstol Pablo dice: *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.”* Amigo oyente, estamos viviendo en el día del aborto. Ana vivió en un día cuando ella deseaba un hijo varón, y ella dedicó ese hijo al Señor. Sobre su llanto, Dios edificó un reino. ¡Qué tremendo tributo y maravilloso monumento al llanto de esta mujer!

Veamos ahora cómo Ana cuidó a su bebé hasta cuando llegó el momento apropiado para llevarlo a Jerusalén y dejarlo allí en cumplimiento del voto que había hecho a Dios cuando le pidió que le diera un hijo. Leamos los versículos 21 al 28 de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel.

1 Samuel 1:21-28 “... Y adoró allí a Jehová.”

Cuando Ana llevó su ofrenda al Señor, cumplió el voto que había hecho a Dios. Ella dijo: “He prometido traer este pequeñito al Señor y aquí está.” Puede ser que sus ojos se llenaron de lágrimas al despedirse de Samuel, pero su corazón rebosaba de gozo porque ese niño era una prueba irrefutable de que Dios había escuchado y respondido positivamente su petición, y ahora ella estaba allí cumpliendo la promesa que había hecho al Señor. La decisión de Ana de dedicar a Samuel completamente al servicio del Señor fue irrevocable.

Y así, amigo oyente, llega a su fin nuestro estudio de este capítulo 1 del Primer Libro de Samuel. Y por hoy, vamos a detenernos aquí. En nuestro próximo programa, Dios mediante, comenzaremos a estudiar el segundo capítulo. Le invitamos, pues, a acompañarnos. Será hasta entonces, ¡que Dios le bendiga ricamente!